

---

XIV

La esclavitud de los hombres es la consecuencia de las leyes; las leyes, se establecieron por los gobiernos. Para libertar á los hombres, no hay más que un medio, la destrucción de los gobiernos.

¿Cómo derribar á los gobiernos?

Todas las tentativas que hasta aquí se han hecho en diversos países para derribar los gobiernos por la violencia, no han conseguido jamás

+ sino substituir al que se destruyó por un nuevo gobierno, á menudo más cruel que el primero.

+ Dejando á parte los ensayos de épocas pasadas, la destrucción del régimen capitalista, la socialización de los medios de producción y el advenimiento de una nueva organización económica, en una palabra, la revolución que los socialistas anuncian como próxima, se cumplirá también, según dicen, por la violencia organizada y también, siempre según su propia confesión, por la violencia organizada será preciso mantener las nuevas formas sociales. Así la tentativa que puede hacerse mañana para destruir la fuerza por la fuerza, y que por lo mismo + será una nueva tentativa más, parecida á las anteriores, no abolirá el reinado de la violencia, ni por consi-

+ guiente pondrá fin á la esclavitud de los hombres.

No podría ser de otra manera.

+ A menos que no estén empujados por la cólera ó por algún deseo de venganza, los hombres no emplean la violencia con sus semejantes, sino para imponer á éstos su voluntad, y cuando los hombres se ven obligados á obedecer á su pesar, á una voluntad extraña, son esclavos. Así, mientras reine la violencia, como que únicamente se emplea en someter á los hombres á la voluntad de otros hombres, la esclavitud no habrá cesado de existir.

+ Tratar de destruir la violencia por la violencia es querer extinguir el fuego con el fuego, inundar un país para dar salida á las aguas de un río que se desborda, es abrir un agujero

en el suelo para tener tierra con que llenar otro agujero.

Si existe, pues, un medio para destruir la esclavitud, no puede ser instituyendo un nuevo sistema de violencia, sino aniquilando lo que hace posible la violencia de los gobiernos. Estos, es decir, un corto número de hombres, no pueden usar de la violencia contra la gran mayoría de los hombres, sino cuando están armados y sus víctimas desarmadas, ó, por lo menos, si no están mejor armados que sus víctimas.

Gracias á esta desigualdad todos los conquistadores han realizado sus proezas; por ella, los griegos, los romanos, los conquistadores españoles, sometieron naciones, y por ella aun en nuestros días se sojuzga á pueblos enteros en Africa y en Asia, y también por ella en tiempo de paz los

gobiernos mantienen á sus súbditos en una respetuosa sumisión.

Hoy, como en otras épocas, cuando unos hombres gobiernan á otros hombres, puede asegurarse que aquéllos están armados, y que éstos no lo están.

Todos los guerreros que iban con sus jefes á atacar pueblos indefensos y los sometían y despojaban de sus bienes, recibían una parte del botín, proporcionado á sus servicios, al valor, á la crueldad de cada uno, y así sacaban un provecho positivo de su victoria. Pero ahora, los hombres, obreros en su mayoría, á quienes se hace tomar las armas para atacar á gentes indefensas, á huelguistas, á sublevados, á habitantes de otros países, y someterlos y forzarlos á dar su trabajo, que es toda su riqueza, esos hombres, por sus violencias, no

sirven sus propios intereses, sino los de algunos ambiciosos que no han compartido siquiera sus peligros.

Entre los antiguos conquistadores y los gobiernos actuales no hay sino esta diferencia. Los conquistadores iban ellos mismos á la cabeza de sus guerreros á atacar pueblos indefensos, y si éstos no cedían á sus amenazas, contribuían por sí mismos á torturarles y asesinarles. Hoy los gobiernos no atormentan ni asesinan por sí mismos á los pueblos desarmados que rehusan someterse á su poder. Hacen realizar esa tarea por hombres escogidos entre los habitantes de las naciones que oprimen, por hombres que se han prestado á sus manejos indignos y á los cuales, para asegurar mejor la ejecución de sus designios, han convertido poco menos que en bestias feroces. Los

conquistadores realizaban su obra á costa de esfuerzos personales; eran activos, valientes y crueles. Los gobiernos consiguen su objeto por la astucia y la mentira.

Por ello, en otras épocas, para rechazar la violencia de los hombres armados, debían armarse los hombres y oponer á la violencia armada otra violencia armada también. Pero hoy que el pueblo está amenazado no sólo por la simple violencia, sino por la astucia que sirve á aquélla de auxiliar eficaz, es preciso para destruir las violencias, desenmascararla y hacer patentes las mentiras en que se apoya.

Esta mentira, héla aquí tal como la imaginaron algunos hombres á quienes por herencia ha tocado un poder instituido por los conquistadores en otras épocas: «Sois numerosos,

dicen estos hombres á sus pueblos. Sois poco inteligentes é ignorantes, y no podéis ni dirigiros vosotros mismos, ni organizar todos los servicios y todas las obras susceptibles de producir una utilidad social. Vamos á encargarnos de todo ésto; os defenderemos contra vuestros enemigos exteriores, dispondremos y haremos mantener el orden que deberá reinar entre vosotros, os daremos tribunales, fundaremos y dirigiremos para vosotros establecimientos y servicios útiles, cuidaremos de las escuelas, de las carreteras, de los correos y, en general, nos esforzaremos en asegurar vuestro bienestar. A cambio de tanto celo, os pedimos únicamente mínimas concesiones, por ejemplo, que nos deis una pequeña parte de vuestras rentas y que sirváis en los

ejércitos, de los cuales necesitamos para defenderos y gobernaros.»

La mayoría de los hombres aceptan ese pacto, no porque jamás hayan pesado sus ventajas é inconvenientes (jamás les ha sido posible hacerlo), sino porque desde que nacieron están sometidos á él. Si uno de ellos duda por un momento de que aquella organización sea necesaria, bien pronto se rinde á las razones de su egoismo, el cual le representa todo lo que debería temer si rehusara cumplir las cláusulas del contrato, las cuales puede procurar explotar en provecho propio. Todos suscriben el pacto que se les propone pensando que la obligación de ceder al Estado una pequeña parte de sus rentas y consagrar algún tiempo de su existencia á servir en los ejércitos, no les producirá en suma grave perjuicio. Sin embar-

go, los gobiernos, desde que tienen á su disposición dinero y soldados, en vez de cumplir la obligación que aceptaron de defender á sus súbditos -) contra los enemigos del exterior y de velar por su prosperidad, hacen cuanto pueden para irritar á los pueblos vecinos y provocar guerras. No solamente no contribuyen á la prosperidad de los pueblos, sino que les arruinan y les pervierten.

^ En las *Mil y una noches* se cuenta que un viajero que llegó á una isla desierta, encontró á un anciano con las piernas inútiles, que estaba sentado en el suelo junto á un arroyo. El viejo rogó al viajero que le pasara sobre sus hombros á la orilla opuesta. Habiendo obtenido una respuesta favorable, el viejo se encaramó sobre los hombros del viajero, y en seguida le ciñó las piernas sólidamente alre-

dedor del cuello negándose á soltarle. Una vez dueño del viajero, el anciano hizo de él cuanto deseaba. Le hacía correr á su voluntad, le obligaba á acercarse á los árboles de los que recogía y comía los frutos, sin que le recompensara más que con injurias.

La aventura de este viajero tiene muchos puntos de semejanza con la de los pueblos que han dado á sus gobiernos dinero y soldados. Este dinero sirve á los gobiernos para comprar armas y para hacer educar especialmente y pagar después á jefes militares irresponsables y feroces. Estos jefes, por procedimientos ingeniosos de idiotización perfeccionados en el transcurso de los siglos, forman con todos los hombres que proporcionan los reemplazos, ejércitos disciplinados. La disciplina es un méto-

do particular para la educación de los hombres, á los cuales en breve espacio de tiempo consigue privar de la cualidad más preciosa é importante de su naturaleza—la razón libre,—y les reduce al papel de máquinas, de instrumentos de carnicería entre las manos de sus superiores jerárquicos.

No sin razón los emperadores, los reyes y los presidentes tienen en tanta estima la disciplina, se asustan cada vez que se viola, y dan importancia tan considerable á las revistas, á las maniobras, á las paradas, á los desfiles y á todas las tonterías de igual género. Saben que todas esas manifestaciones públicas, sirven para fortificar la disciplina, y que sólo ésta garantiza su poder y hasta algunas veces su existencia. Se aferran al sistema de los ejércitos disciplinados

porque les proporciona el medio de hacer realizar por otros hombres los horribles crímenes cuyo espantajo basta para encorvar á los pueblos bajo sus leyes.

La necesidad de los ejércitos disciplinados es la mentira merced á la cual los gobiernos reinan sobre los pueblos. Basta que un gobierno disponga de este instrumento de violencia y de asesinato para que tenga autoridad sobre un pueblo entero. Desde entonces no le soltará más, le arruinará, y para escarnecerle, procurará por medio de una educación pseudo-religiosa y patriótica, hacer de él su devoto, su adorador, á pesar de que le mantiene en la esclavitud y le atormenta.

Tenemos, pues, un medio de derribar los gobiernos; es denunciar á los hombres la mentira oficial. Es preci-

so hacerles comprender que en el mundo cristiano, los hombres no tienen necesidad alguna de ponerse en guardia unos contra otros, que los odios entre los hombres los provocan los gobiernos mismos por la cuenta que les tiene, que los ejércitos son útiles tan sólo á los pocos hombres que gobiernan é inútiles y funestos á los pueblos, de los cuales facilitan la esclavitud. Precisa también patentizar que esta disciplina, que tanto gusta á los gobiernos, se funda en el mayor crimen que pueda cometerse contra la humanidad, y que el empleo sistemático que de ella hacen los gobiernos prueba claramente la maldad de sus designios. La disciplina es la muerte de la razón y de la libertad humanas; no puede, por consiguiente, tener otro objeto que preparar la ejecución de atrocidades tan indignas,

que todo hombre en estado normal rehusaría ejecutar. Hasta es inútil en una guerra de defensa nacional, como recientemente nos lo demuestra el ejemplo de los boers. El único objeto de la disciplina es el que ha explicado claramente Guillermo II—hacer que los hombres maten, sin creer que cometen un crimen, á sus hermanos y á sus padres.

Como se vé, los gobiernos obran de igual manera que el viejo del cuento, que encaramado sobre los hombros del infeliz que consiente en llevarle, se burla de éste á su gusto, sabiendo que le puede dominar mientras le soporta sobre sus espaldas.

Esta mentira terrible, bajo la cual se amparan algunos hombres malos que gobiernan á los pueblos y los arruinan y pervierten desde la cuna, generación tras generación, es la mentira



que debemos denunciar y confundir  
 ↘ si anhelamos destruir los gobiernos y  
 su producto natural, la esclavitud.

Un escritor alemán, Eugenio Shmidt, ha publicado con su firma en el periódico que dirige en Budapest, el *Ohne Staat*, un artículo excelente en que la audacia de las ideas es tan grande como la fuerza y la audacia del lenguaje.

Poco más ó menos dice ésto: «los gobiernos que justifican su existencia por la seguridad relativa que procuran á sus súbditos, son comparables  
 † al bandido calabrés que prometía á los viajeros que encontrarían libre el camino si consentían en pagarle un tributo.» Por este artículo Shmidt fué procesado, pero el jurado le absolvió.

De tal modo estamos hipnotizados por los gobiernos, que esta compara-

ción nos parece una exageración, una paradoja, una broma. Nada de ello tiene sin embargo. Si contiene alguna inexactitud estriba en que no dice que la obra de los gobiernos es mucho más inhumana, cien veces más, y sobre todo más funesta que la del bandolero de Calabria. Este, despojaba con preferencia á los ricos, los  
 † gobiernos despojan preferentemente á los pobres, y favorecen á los ricos que les favorecen en sus crímenes. El bandido, arriesgaba su vida; los go-  
 † bernantes no aventuran su piel, y sólo obran valiéndose de la astucia y de la mentira. El bandido no alistaba á nadie por fuerza en su cuadrilla; los gobiernos, alistan sus soldados, casi siempre á la fuerza. El bandido, ofre-  
 ↘ cía indistintamente iguales garantías de seguridad á todos los que le pagaban tributo; los gobiernos, protegen

y recompensan á los hombres en proporción á la parte que toman en la organización de la mentira. El más protegido (siempre es el mejor guardado) es el Emperador, el Rey ó el Presidente; es también el que gasta más dinero, y todo el dinero que gasta está tomado de las rentas que produce el impuesto pagado por los súbditos.

Después de él, siguiendo la colaboración más ó menos activa que ejercen en los crímenes del gobierno, vienen los Generales en jefe, los Ministros, los Prefectos de policía, los Gobernadores, etc..., y en último término los municipales y policíacos que son los menos retribuidos y los menos defendidos de todos los funcionarios. Todo hombre, por fin, que no quiere participar en modo alguno en el crimen de los gobiernos, que rehusa ser-

vir, pagar los impuestos, respetar la justicia oficial, se vé maltratado por jefes del Estado, como lo era por el bandido calabrés, el viajero que no consentía en entregarle su dinero. Pero los bandidos, sean quienes fueren, no ejercen el oficio de pervertir á los hombres; los gobiernos, por lo contrario, pervierten generaciones enteras por la enseñanza del patriotismo y de una falsa religión. En fin, el bandido más cruel, ya se llame Stenka, Rasine ó Cartouche, no puede ser comparado, por su dureza, su perversidad y lo fértil de su imaginación de atormentador, no ya á los más célebres malvados coronados, tales como Juan el Terrible, Luis XI y las Isabeles, pero ni siquiera á los gobiernos constitucionales y liberales de hoy día, cuyas prisiones celulares,

batallones disciplinarios, matanzas de sublevados y guerras sangrientas, sobrepujan cuánto se ha visto en el género.

Los gobiernos, como las iglesias, no pueden inspirar sino piedad ó disgusto. Mientras el hombre no ha comprendido lo que es un gobierno ó una iglesia, lo natural es que sienta hacia ellos un piadoso respeto. En tanto que se deja guiar por ellos, debe creer, para satisfacción de su amor propio, en su grandeza y santidad. Pero desde que advierte que no hay en el gobierno ni en la iglesia nada absoluto ni sagrado, y que son simplemente invenciones de los malos para imponer al pueblo, de un modo disimulado, un método de vida que sea útil á sus intereses, siente en seguida una impresión de asco por los que le engañan indignamente, y su

decepción es tanto más profunda cuanto que la ficción de la cual descubre la vanidad le guiaba en otro tiempo en las cuestiones más graves.

Los hombres experimentarán este disgusto hacia los gobiernos cuando hayan comprendido el verdadero sentido de estas instituciones.

Comprenderán que si participan en la obra de los gobiernos, dando una suma de dinero que representa una parte de los productos de su trabajo, ó sirviendo en los ejércitos, no realizan con ello un acto indiferente, como se cree por regla general, sino un acto culpable, porque, además del perjuicio que habrán causado así á sus hermanos y á sí mismos, habrán aceptado la colaboración en los crímenes que todos los gobiernos no cesan de cometer, y en la preparación de los crímenes futuros, para los cua-

les los gobiernos mantienen los ejércitos disciplinados.

A despecho de la fascinación que los gobiernos ejercen sobre los pueblos, pronto habrá pasado el tiempo en que los súbditos tenían para sus amos un temor casi religioso. El momento se aproxima en que el mundo comprenderá al fin que los gobiernos son instituciones inútiles, funestas é inmorales en alto grado, que un hombre que se respeta no debe sostener ni explotar en provecho propio.

Cuando los hombres hayan comprendido ésto, cesarán de colaborar en la obra de los gobiernos proporcionándoles soldados y dinero. Entonces caerá por sí misma la mentira que hace que los hombres sean esclavos. No hay otros medios para liberar á la humanidad.

---

## XV

«Estas ideas generales, justas ó injustas, son inaplicables.» Esto me contestan los hombres que están acostumbrados á su posición, y que no creen posible ni deseable cambiarla en lo más mínimo.

«Debierais decir, añaden, lo qué es preciso hacer, y cómo convendría organizar la sociedad.»

Los hombres de la clase rica que están como el ratón dentro del queso,